



EL REY DE LA CASA

Segundo premio del concurso de Relatos del XVI Día del Píñano

Autora: Marta González Bueno

Imposible olvidar aquellos días de mi niñez no especialmente dura, pero si anodina y frustrante. Permanecen en mi memoria como un paradigma de lo que me ocurría en otras variadas ocasiones, por mucho que, una vez superada esa larga etapa, que entonces me parecía que no iba a acabar nunca, cada pequeña anécdota se convirtiera en objeto de burla, de exageración y de risas; después ya sí.

Estos pensamientos me invaden mientras recorro con mi nuevo coche los escenarios de mi infancia. Estoy escuchando por enésima vez en la radio una sesuda tertulia sobre el rey de la casa, el pequeño déspota, el niño tirano. Y melancólico como estoy vuelvo la vista al niño que fui, preguntándome si encajaba yo en esa descripción con que los adultos definen ahora la situación a la que se enfrentan en muchos hogares.

Y encuentro al niño, sí, pero ni rey, ni déspota, ni tirano, sino más bien súbdito, dócil, condescendiente. Debe ser que la ley del péndulo que enseña nuestra sociedad llegó a un extremo entonces, y ahora se encuentra en el lado opuesto.

Mis recuerdos se detienen en mis ocho años, con nítidas evocaciones de renuncias involuntarias, de desilusiones impuestas. Son anécdotas las que recuerdo de esas que los mayores decían entonces que "te hacen crecer", pequeñas piedras en el camino, que fortalecen tu carácter.

El tiempo de colegio, agradable en general, estuvo ya marcado por mi reiterado sueño, que se repetía como estribillo machacón, con un donut. Una frivolidad, desde la consideración actual, pero un deseo inalcanzable entonces, de ahí que viniera a mí en cuanto caía en los brazos de Morfeo. Soñador a ras de suelo como yo era, me hubiera gustado llevar alguna vez al colegio ese sabroso dulce que por entonces se estaba popularizando para saborearlo en el rato del recreo en compañía de algunos pocos privilegiados compañeros, que sí lo llevaban. Conscientes de su superioridad, exageraban las muecas de placer cuando lo consumían ante los sufridos compañeros que, con madres responsables y rigurosas, llevábamos, en vez de una golosina, nutritivos bocadillos de embutido. El sueño me permitía recrearme en el consumo subliminal de ese dulce, compensándome torpemente de la austera realidad de los recreos en que se me hacía la boca agua cuando contemplaba, medio de reojo, el consumo de aquellos inalcanzables ros-cos.

Repetido deseo también durante mucho tiempo, lo recuerdo con nitidez, fue la celebración del día de mi cumpleaños. Lo que hubiera dado por celebrarlo en uno de esos parques de bolas que todavía eran escasos por entonces, pero que las familias de los privilegiados de la clase ya contrataban. Cuando llegó mi octavo cumpleaños, la celebración se limitó, como tantos otros años, antes y después, a una me-

rienda en un parque cercano a mi domicilio y dulces de fabricación casera consumidos en platos de plástico, que entonces suponían toda una modernidad aunque hoy se aborrezcan. Nada que ver con el cumpleaños de Ramiro, compañero del que todos envidiábamos su balón, su cartera, sus golosinas y sus invitaciones. Quizás él sí había alcanzado ya, excepcionalmente, el estatus de rey de la casa. Tenía hasta patines, regalo para el que yo tuve que esperar un par de años más.

Acabado el curso llegaron esos días de verano supuestamente felices, pero en realidad repletos de deseos no satisfechos, una continuidad con el curso escolar.

Porque, aunque las horas de playa, los encuentros familiares con tíos y primos, las excursiones, y los juegos presagiaban en teoría diversión, risas y complicidades, no ocurría nada de eso, o si acaso breves fogonazos.

El inicio del verano fue ya premonitorio. Estaba yo contento con mi nuevo juego de cubo, pala y moldes diversos con los que jugar con la arena de la playa. Me habían dicho que ya era mayor para estos juegos, pero aun así me lo compraron, ¿o se lo compraron? Pensé, pobre iluso, que al menos iba a estar entretenido una buena parte de la mañana, aunque antes tuviera que someterme a un concienzudo embadurnamiento de protector solar. Este se producía mientras mi madre desgranaba sin descanso advertencias, avisos y comentarios sobre lo malo que era tomar el sol. Recuerdo mi asombro ante el hecho de que hiciéramos de forma voluntaria algo tan perjudicial, pero creo que nunca verbalicé una sola objeción a lo que decía. Yo prefería no entrar en discusión; por experiencia sabía, a pesar de mis pocos años, que llevaba las de perder. Y no tenía intención de inaugurar las jornadas playeras con una buena regañina que hubiera empeorado las cosas. Niño tímido y obediente como era, lo tenía bien claro ¿de baja autoestima se dice ahora?

Ya advertido y embadurnado me dispuse a iniciar mi placentero trabajo de constructor con una sonrisa esperanzadora. Pero me duró poco tiempo. En los inicios de lo que iba a ser mi gran obra arquitectónica llegó mi padre. Jovial y desinhibido, seguro se sí mismo, el sí el rey de la casa, me desplazó de inmediato, relegándome a funciones auxiliares, concretamente porteador de cubos de agua, mientras él disfrutaba con su construcción, que nada tenía que ver con la que yo había imaginado. Y no parecía existir ningún problema con su edad.

Mi madre, tumbada al sol, también demandaba frecuentes cubos de agua, así que durante un tiempo, se diría que interminable, estuve dando pequeños paseos desde el agua hasta la segunda línea de playa donde habíamos instalado nuestros numerosos cachivaches. Mi sonrisa se trocó desde el principio en mueca de disgusto, más cuando

veía grupos de niños que disfrutaban de lo lindo, sin adultos que les dieran instrucciones, eso me parecía.

Cuando por fin se levantó mi madre, obligándome bajo la apariencia de sugerencia a que nos fuéramos al agua, yo acepté con gusto. Me las prometía felices, pensando en el divertido baño que me iba a dar; un ratito en el agua me iba a compensar de la aburrida mañana. Pero otra vez ocurrió que me dejé llevar de la ilusión. Resultó que el agua estaba fría: ese fue el juicio de mi madre, y por lo tanto, si ella tenía frío, yo tenía que salirme del agua. Así eran las cosas. Así lo fueron durante muchos años. ¿Cómo hacen ahora para conseguir lo que quieren?

Por fin se hizo la hora de dejar la playa para ir a comer. Mi padre abandonó su obra de arte, y se vistió de prisa para adelantarse a nosotros. Mi madre sabía que era para ir al bar, es más, me hizo partícipe de su certeza a media voz, aunque a mí poco me importaba. La mañana ya estaba perdida, como tantas otras. Recuerdo que mientras nos vestíamos y recogíamos miraba con regocijo como la construcción de mi padre se iba derrumbando con las pisadas involuntarias de los que paseaban por la orilla y en especial por las patadas de los niños que disfrutaban con la destrucción voluntaria. Tuve la osadía de unirme a ellos para colaborar en el derribo, fueron apenas unos segundos, pero suficientes para proporcionarme una sonrisa de satisfacción, un chinchu rabia de venganza por la marginación y el ninguneo al que me había visto sometido.

Hicimos la comida en un restaurante de la playa, como muchas otras veces. En esta ocasión inaugurábamos la temporada. Ya habían llegado los primos, los tíos y la abuela. Yo me las prometía felices, pensando que iba a comer lo que quisiera. Pero nadie me preguntó, debería haber sabido que solía ser así; a partir de ese verano ya siempre lo recordé. Me plantaron delante un plato que se suponía que me gustaba, pero que lo habían llenado de una salsa que no podía tragar, así que lo dejé. Sorprendentemente, nadie me regañó. Debía ser por la abuela, pero no por condescendencia sino que cuando terminamos, a ella le prepararon un cazuelita, antecedente de los hoy populares tápers, para llevar en ellos lo que no habíamos querido los demás. Me fijé en la mala cara que puso mi padre, pero no dijo nada, con la abuela él no se atrevía.

Cuando terminamos de comer, fuimos hasta el parque dando un paseo, el paseo de todos los días y de todas las horas. Eso era pasable, si no hubiera sido porque en el camino nos encontrábamos con otras familias que nos saludaban con efusión desorbitada. Sobre todo las mujeres: madres y abuelas, nos abrazaban apretándonos y nos besaban dejando en nuestras caras restos de saliva o de carmín, y nos daban pellizcos en las mejillas mientras exclaman con entusiasmo: ¡Qué ricura!

¡Cómo has crecido! ¡Qué grande estás! Nosotros soportábamos estoicamente esas efusiones de cariño, sin ni siquiera poner mala cara, como he visto hacer a algunos niños muchos años después. Eso ocurría el primer día, luego los encuentros eran más rutinarios y menos efusivos, afortunadamente.

Así se iban sucediendo las horas en aquel lugar playero en el que se me había dicho que lo iba a pasar estupendamente. Los episodios tenían lugar como tantas otras veces después de ese verano de mis ocho años que tan bien recuerdo, y antes supongo que también, aunque mis recuerdos sean más difusos.

La convivencia con los primos suponía plegarte a los deseos de los mayores y soportar las broncas que recibías por culpa de los pequeños. Nunca conseguí la litera que deseaba para dormir, ni jugar tranquilamente con mi flamante maquinita nintendo, ni leer en solitario mis historietas preferidas. Los adultos regulaban hasta el más pequeño de los aspectos de nuestra vida en ese "lugar maravilloso", decían.

Recuerdo con nitidez el chasco que me produjo el no poder saciar el pequeño deseo que se generó en una pastelería. Uno de mis tíos, en un arranque de generosidad, decidió invitarnos a todos. "Cada uno que elija lo que quiera", dijo. Yo, de nuevo ejerciendo de pobre iluso, me las prometía felices. Pero ¡ay! cuando señalé el pastel elegido, grande y de nata, que me lo estaba relamiendo, alguien me dijo "ese no, que es muy grande y te va a quitar las ganas de cenar", y a cambio me dieron uno pequeño y seco, que mordisqueé sin entusiasmo. Frustración, lo llaman ahora a eso; y hasta es posible que un hecho similar constituya una sólida causa para una visita al psicólogo. Entonces no frustraba, pero fastidiaba muchísimo. Cuántos pasteles como el que entonces deseaba, me habré comido de mayor, para resarcirme de las reiteradas negativas que seguían a la generosa proclama "cada uno lo que quiera".

El primer día que amaneció nublado en aquel verano objeto de mis recuerdos, no fuimos a la playa. Como el desayuno se alargaba mucho, pude coger la maquinita y ponerme a jugar a mi juego preferido; con él conseguía miles de puntos ya que lo había practicado otras tantas miles de veces los fines de semana, que era cuando podía utilizarla durante el curso. Y eso entonces no frustraba, era la disciplina. Pero poco duró mi tranquilidad; algún adulto me vio y sentenció que no me hacía bien estar jugando con la maquinita yo sólo. Sé que en esa ocasión osé no hacer caso, pensé que si no me movía se olvidarían de mí. Vana ilusión. Como tantas otras veces, antes y después, apareció mi madre ordenándome ir a jugar con los primos. Mis deseos no contaban.

Bajamos todos a la calle y nos pusimos a jugar con una pelota. Estuvimos un ratito, pero cada vez pasaba más gente y oíamos algunas protestas. Al poco tiempo algunas personas nos decían directamente

que dejáramos la pelotita y que nos fuéramos a otro sitio, que no hacíamos más que molestar. Nos replegamos a unas escaleras de subida al mercado formando un pequeño grupo, pero aun así molestábamos. Las personas que subían y bajaban protestaban y nos increpaban, nos miraban con desconfianza y antipatía, se convertían en nuestros enemigos. Eso, y las bobadas que decía uno u otro de nosotros, provocaba nuestras risas al tiempo que generaba la solidaridad y la unión del grupo de primos, ya se sabe que no hay nada que una más que un enemigo común. Pero no duró mucho nuestra autoafirmación y nuestro atisbo de rebelión, notábamos que la gente se mosqueaba cada vez más, y nos tuvimos que ir de allí. Estoy evocando ahora con nitidez ese verano al que siguieron otros igual de fastidiosos y debo reconocer que esta circunstancia es de las pocas que me evocan un sentimiento de bienestar pasado, como los pocos instantes en que colaboraba en la destrucción de las construcciones que mi padre hacía a la orilla de la playa. Pero ninguno de nosotros éramos por entonces los pequeños déspotas de los que se habla actualmente. La gente todavía se atrevía a reñir a los niños, aunque no fueran hijos suyos. Ahora, cuando el péndulo roza el extremo opuesto, empezamos a añorar la labor que la tribu desempeñaba en la educación.

La comida casera de esos días nublados suponía una pequeña alegría, los macarrones sabían a lo que tenían que saber. Siempre que los preparaba mi madre era un plus de seguridad, y así sigue siendo aún hoy en día, después de haber probado mil sabores. Recuerdo que nos daban la comida primero a los niños, para que luego dejáramos en paz a los adultos. Nada de excepciones, nada de favoritismos. Nosotros vigilábamos férreamente que reinara la equidad en esos repartos tan vitales, pero en todo caso, de nada hubiera servido manifestar el mínimo descuerdo. Éramos niños, debíamos obedecer, conformamos. Me pregunto cómo y dónde surgió el pequeño déspota del que estoy oyendo hablar y del que se teoriza con tanta frecuencia, y que hoy me hace recordar detalles de ese curso y ese verano de los que conservo recuerdo fidedignos y al que siguieron muchos casi idénticos.

Terminábamos de comer cuando ellos tenían previsto, y nos permitían entonces, bajo la apariencia de dormir un rato de siesta, hacer, más o menos, nuestra santa limitadísima voluntad. Procurábamos entonces hablar en voz baja, para no darles un pretexto por el que venir a reñirnos, los mayores digo, que siempre estaban dispuestos a echarnos una bronca. Aunque con el paso de los años he llegado a la conclusión de que en esos ratos, hacían oídos sordos a los cuchicheos que sobrepasaban los límites permitidos.

Recuerdo que uno de mis pasatiempos favoritos en esos tiempos de reclusión forzada era rebuscar en los armarios y cajones que teníamos a nuestro alcance. En una ocasión mis manos inexpertas dieron con una muñeca vestida de negro que me intrigó bastante y que se rompió

al golpearse con una cama. Tuve la frialdad de disimular el incidente y esconderla rápidamente entre mis cosas. De haberse dado cuenta, mis primos, chivatos sin paliativos, rápidamente lo habrían hecho público y la consecuencia menor hubiera sido una buena regañina y un discurso sobre mi torpeza, heredada de no sé qué abuelo, y que iba a arrastrar toda mi vida. Así me lo decían, sin miedo a crearme traumas; yo no era el rey de la casa.

Tengo que decir que aunque no era el rey de la casa, con el tiempo averigüé que no había vivido en el peor de los escenarios. Pude conocer la historia de la muñequita vestida de negro, que perteneció a mi abuela; iba vestida con el uniforme del internado en el que estudió. Y el entorno y la sociedad de entonces, cuando ella tenía ocho años, los mismos que yo tenía en aquel verano que estoy evocando especialmente, eran mucho más severos que los que yo tuve que sufrir. El régimen de educación y estudio del internado estaban inspirados en la disciplina militar, y pocas bromas se permitían allí a las más de trescientas internas que convivían durante nueve meses. Los padres de entonces, eso lo he sabido mucho después, estaban convencidos, como en la Edad Media, de que no utilizar la vara con la descendencia era malcriarla, y en concreto, a mi abuelo, le decían los de su quinta que quien no pegaba a los hijos no era hombre. Creo que en la actualidad esos comportamientos son objeto de denuncia, incluso por parte de los propios hijos.

Recuerdo el día que íbamos de excursión a la montaña, o algo similar. Es un paraje con un río cantarín y unas colinas que cada año nos iban pareciendo más bajas. Aquel primer año que recuerdo con nitidez, los preparativos para la excursión parecían no tener fin. Estuvieron la tarde anterior haciendo tortillas, rebozando filetes, friendo croquetas. Como el ritual se repetía anualmente no es fácil olvidarlo: había que recordar meter refrescos, vinos, fruta, manteles, servilletas y un sinfín de accesorios por si acaso. Los preparativos comenzaban primero entre risas, pero progresivamente las risas se convertían en nervios, lo que suponía, eso lo sabía bien yo, peligro eminente. Un gesto, una risita o un intento de meter la mano en algunos de los manjares camperos podían acarrear un coscorrón, un violento empujón o incluso un bofetón. Nuestra función, la de los niños, consistía en esperar pacientemente a que estuviera todo preparado y repartido en los coches, lo que dado el pequeño tamaño de los utilitarios de entonces, era una tarea complicada. No sabían si ponernos juntos a todos, repartirnos por edades o cada uno con sus padres. Entrábamos y salíamos tres veces de cada coche. Los conductores estaban cada vez más exaltados, y los niños recibíamos una colleja sin saber por qué, ¡ojalá hubiéramos podido ser invisibles entonces!

Recuerdo haber pensado insistentemente que era mucho más fácil comer en casa, pero jamás lo dije, como tampoco dije lo que me

gustaría llevar al campo, ¿para qué? yo era entonces una insignificancia con la que había que cargar, así que cuanto más callado, mejor. Por eso mi sorpresa y hasta admiración cuando oigo hablar, aunque sea por enésima vez, del pequeño déspota que organiza la vida de los demás en función de sus caprichos, de que es ese pequeño rey de la casa quien ordena sin piedad.

Casi caigo en la tentación de considerar héroes a estos personajes de que hablan y a los que he tenido la oportunidad de padecer en ocasiones. Pero no, ellos jamás conocerán la dicha que proporciona la obtención de un regalo esperado durante años, o de conseguir por medios propios lo que te negaron en tantas ocasiones. Y sonriendo, cuando la tertulia termina y aprovechando que la playa está casi desierta, decido bajar a hacer mi propio castillo, parándome antes en una tiendecita de chucherías para equiparme con una caja de sabrosos donuts.